

# ESTUDIOS



# Interdisciplinariedad sin disciplinas<sup>1</sup>

Interdisciplinary without disciplines

Hadjinicolaou, Nicos\*

Fecha de terminación del trabajo: octubre de 2008.

Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2009.

BIBLID [0210-962-X(2009); 40; 13-21]

## RESUMEN

Interdisciplinariedad y especialización han polarizado la investigación y enseñanza de las ciencias sociales en el último siglo. Este trabajo las analiza en el marco de la posición de la historia en la educación superior de las culturas occidentales, en especial norteamericana, para tratar de demostrar que se encuentra al servicio de intereses corporativos. Analiza una campaña de desprestigio de las humanidades, sobre todo en los circuitos culturales oficiales, y mide esta tendencia en indicios sobre la consideración de los últimos cincuenta años sobre el arte “antiguo” en comparación con el “moderno” o contemporáneo.

**Palabras clave:** Ciencias sociales; Historia del Arte; Interdisciplinariedad; Enseñanza superior; Investigación científica.

**Periodo:** Siglos 20-21.

## ABSTRACT

The concepts of interdisciplinarity and specialization have polarized research and teaching in the field of social sciences over the past century. The present study analyses these contrasting concepts in the context of the history of higher education in western civilization — and especially in North America — and attempts to show how these concepts have been used in the service of corporate interests. We discuss how the humanities have suffered a campaign of discredit, above all in official circles, and measure this trend in indices of the evaluation of “ancient” art, in comparison with “modern” or “contemporary” art over the past 50 years.

**Key words:** Social sciences; History of Art; Interdisciplinarity; Higher Education; Scientific research.

**Period:** 20<sup>th</sup> and 21<sup>st</sup> centuries.

A poco de haberse constituido la historia del arte como una disciplina independiente y mucho antes de que fuera lanzado el slogan de la “indisciplinariedad”, las fronteras entre las humanidades habían sido abiertas.

Para dar sólo un ejemplo, el *Bildniskunst und florentinisches Bürgertum* de Aby Warburg, publicado en Leipzig en 1902, con un prólogo programático que elogiaba a Jacob Burckhardt “por haberse tomado el trabajo de rastrear la conexión directa entre la obra de arte individual y su contexto contemporáneo, a fin de comprender las exigencias idea-

\* Profesor Emérito de la Universidad de Creta. e-mail: alki@ims.forth.gr

les y prácticas de la vida real como ‘causalidades’”, era un estudio de historia del arte cuyo propósito fue realizado sobre las bases de una aproximación interdisciplinaria; una combinación magistral y profunda de conocimientos teóricos y prácticos derivados de disciplinas dedicadas al estudio de varios aspectos de la sociedad y la cultura florentinas del siglo XV.

Durante el siglo que ha mediado desde entonces, luego de la creación de muchas cátedras de historia del arte en universidades, a pesar de la inevitable y —quisiera insistir en esto desde el comienzo— positiva especialización, muchos han sido los que han defendido la interdisciplinaria, aún cuando no hayan utilizado dicho término.

Los *Estudios sobre Iconología* de Panofsky fueron instrumentos para aportar a los Estados Unidos la tradición humanista europea y, para la historia del arte, un énfasis en la búsqueda de recursos y claridad dentro de otras disciplinas humanísticas en pos del proceso de la interpretación (ambos dentro de lo que llamó: “Equipo para la interpretación” y “Principios correctivos de interpretación”).

Antal, en sus “Comentarios sobre el método de la historia del arte”, publicado en el *Burlington* en Febrero-Marzo de 1949, llamó a un “estudio de la historia del arte más profundo, más rico y menos nebuloso, que puede ser trazado sobre los resultados tangibles de las disciplinas históricas, en particular la historia social y económica, la política y religiosa (no exclusivamente la historia de la literatura y la filosofía), así como una históricamente intencionada psicología social”.

En este sentido, podría resultar muy interesante examinar a partir de un punto de vista interdisciplinario *Painting and Experience in Fifteenth Century Italy* de Michael Baxandall, publicado en 1972 y muchas otras publicaciones de los últimos treinta años.

¿Debe uno dar declaraciones estridentes a favor de la interdisciplinaria para practicarla? ¿Podemos alejarnos del fetichismo de la palabra?

Siento que estoy implicando que cualquier “buena” historia del arte es automáticamente “interdisciplinaria” en sus aproximaciones. Por supuesto, esto no es verdad. ¿Cuál es entonces la alternativa a la “interdisciplinaria”? ¿“Especialización”? ¿Qué significa “especialización” en nuestro campo y a qué nos referimos cuando la criticamos?

Debemos decir que es imposible trabajar de manera productiva en historia del arte sin aprender lo esencial, las técnicas, los nombres que tradicionalmente les damos a las obras que estudiamos, los nombres de sus productores —cuando los conocemos—, las fechas que nos ayudan a orientarnos en el tiempo, la geografía que nos ayuda a orientarnos en el espacio, los fundamentos acerca de las historias de las religiones, sistemas filosóficos, y las sociedades en las cuales las artes visuales funcionan como artesanías; resulta imposible trabajar productivamente sin estar familiarizado con los métodos y las teorías que se han desarrollado con el fin de aproximarse a ellas en su especificidad, tan diferentes en su estructura de la música o la poesía; es imposible sin estudiar críticamente la bibliografía preexistente sobre un tema. Si *esto* es “especialización”, entonces ciertamente es una cosa buena porque ningún conocimiento concerniente a las artes visuales puede ser producido sin ella.

Sin embargo, cuando usamos la palabra “especialización” en un sentido negativo, creo que nos estamos refiriendo a otras cosas. Estamos pensando en quienes se dedican a describir sin interpretar. Estamos pensando en *catalogue raisonnés* y en *connoisseurship*. Aunque incluso aquí, si las descripciones son buenas y los catálogos bien hechos, pueden ser útiles para aquellos que piensan y trabajan de una manera diferente. Inclusive, la “buena *connoisseurship*”, como Carlo Ginzburg ha demostrado en su artículo “Inter/disciplinarity” (publicado en *The Art Bulletin* en marzo de 1995), tiene “una riqueza cognitiva que es insospechada por sus detractores así como por sus practicantes”.

A pesar de estas advertencias, esto es lo que pensamos cuando hablamos de “especialización” como algo negativo. Demonizamos la *connoisseurship*, en vez de ver sus limitaciones y su muy parcial utilidad. Además, estamos pensando en esos conservadores que están en contra de la interdisciplinarietà, esto es, aquellos que, por motivos fundamentalmente ideológicos, están en contra de toda tentativa de ver al arte en sus implicancias sociales y su razón de ser y aquellos que nos gritan “ustedes no son historiadores del arte; ustedes son historiadores y sociólogos, así que ¡fuera de nuestro campo!”

La Izquierda, recordemos, ha criticado abiertamente desde el siglo XIX la compartimentación del conocimiento, pero siempre ha respetado y descansado sobre la especialización. Desde Marx y Mehring, de Mehring a Luckacs, a Antal, a Schapiro, el pensamiento holístico no fue una construcción en el aire sino que estuvo basado en una teoría que descansaba en la investigación especializada, cuya importancia, dicho sea de paso, siempre fue advertida. En este sentido podría argumentarse que desde el Renacimiento, y ciertamente desde el siglo XIX y hasta 1950, aproximadamente, las humanidades, independientemente de los conflictivos intereses sociales, ideales sociales, e ideologías que las dividían internamente, compartían un suelo común y la comunicación entre ellas fue ampliamente considerada como deseable y beneficiosa.

La transformación gradual de los Estados Unidos en un estado militar-corporativo y la radicalización conservadora de la vida política trajo con ella grandes cambios en todos los campos incluida, por supuesto, la concepción del papel de la Universidad en general y de las humanidades en particular.

Basta con considerar que en los Estados Unidos hoy fuentes privadas otorgan más del doble de lo que el gobierno federal otorga a las universidades para investigación científica.

La realidad se halla oscurecida por un velo de frases pomposas del tipo de “estamos construyendo sociedades de conocimiento” o “de manera creciente somos la sociedad más informada y con mayor conocimiento intensivo de la historia”, sistemáticamente propagada por los medios y por intelectuales al servicio del sistema. Como todos sabemos, las cosas son muy diferentes de lo que este aparato de lavado cerebral está tratando obstinadamente de hacernos creer.

Desde la escuela secundaria a la universidad, todos los sectores del conocimiento están siendo transformados con el fin de servir directamente o a lo sumo de estar en armonía con los intereses corporativos.

El objetivo principal es controlar y restringir la enseñanza de la historia en todos los niveles. Cualquiera que está en contacto con maestros de historia de las escuelas secundarias sabe cuán desesperados están acerca de esta situación. ¿Cabe alguna duda de que esto no es el resultado de una catástrofe natural sino de políticas deliberadas? ¿Por qué las corporaciones habrían de necesitar a la historia y qué tipo de historia encontrarían apropiada para sus necesidades?

La reducción de la extensión de los estudios universitarios, la comercialización de la educación superior y la consecuente transformación de los estudiantes en clientes, el correspondiente fenómeno de “inflación de grado” (en 2003 en Princeton, la calificación “A” fue otorgada al 47% de las graduaciones), han llevado incluso a antiguos presidentes de la *Ivy League Universities* al punto de denunciar estos sucesos. Sin resultados positivos, siempre que el *Establiment* esté involucrado. Sólo basta leer la reseña de *Universities in the market place*, un libro de Derek Bok, antiguo Presidente de Harvard, realizada por un periódico que sirve a los intereses corporativos como el *Los Angeles Times* (Julio 13, 2003), para ver que ninguna crítica puede ser aceptada, aún viniendo de defensores moderados de la concepción humanista de la universidad. Debido a razones “igualitarias”, creo, los reseñadores Steven B. Sample, Presidente de USC y Warren Bennis, profesor de Business Administration en la misma universidad) comentaron incluso un libro que defendía “la cultura corporativa”, llamado *The University in a corporate culture* de Eric Gould, y su reseña fue publicada bajo el titular “Haciendo el conocimiento accesible a todos”(!)

¿Tiene algún sentido intentar reflexionar sobre la historia del arte, sobre su *status* actual y su futuro en Norte y Sudamérica, en Asia, en Europa, en Australia y en Africa sin considerar a) que la comercialización de la educación superior es ya un hecho en USA y b) que USA y sus aliados (políticos individuales, a veces gobiernos completos, intelectuales) están intentando imponer este logro en el resto del mundo?

La situación en el comienzo del siglo XXI es realmente alarmante para las humanidades. La campaña de desprestigio hacia ellas está siendo llevada a cabo en dos niveles simultáneamente. En un nivel intelectual, debilitando la dimensión de la “historia” desde todo punto de vista, reduciendo su importancia numérica en los currícula, insistiendo en su carácter “subjetivo”, identificándola con una secuencia lineal y cronológica (como si los mejores historiados de nuestro tiempo y sobre todo la *École des Annales* no hubiera denunciado esta práctica de la historia), etc.; atribuyendo cada vez menos importancia a todo lo que desde una perspectiva norteamericana, puede ser considerado “antiguo” o “viejo” (historia, artes visuales, literatura, filosofía), es decir, todo aquello que esté fechado anterior a 1850-1900, sea asiático, africano o europeo.

Simultáneamente, en un nivel institucional, esta intención es lograda mediante medidas concretas que reducen fondos para las humanidades, reducen el número de profesores de tiempo completo y regulares en las universidades. De acuerdo a un artículo de Kimberly Chase en el *Christian Science Monitor* (Febrero 24, 2004) “entre octubre de 1987 y octubre de 2003, los cargos de tiempo completo (en *Columbia University*, la que se encuentra por encima del promedio) decayeron de 72 al 62 por ciento, ya que el porcentaje de cargos efectivos y permanentes (‘tenure’) cayó de 51 al 48 por ciento”.

El ejemplo del Latín es flagrante. En su *Institutio Oratoria*, Quintiliano, quien desarrollaba una teoría de la elocuencia como él lo fundamentaba (Libro XII, Introducción), declaró que la condición más importante era que “el orador fuera un buen hombre”, de lo contrario “los poderes de la elocuencia podrían dar armas al crimen”. ¿Por qué deberían las corporaciones, acostumbradas al *lobby* y al soborno, así como a menudo a sacar provecho del sojuzgamiento y el saqueo de los recursos de los países extranjeros, estar interesadas, por ejemplo, en otorgar fondos a los Estudios Latinos?

Sin embargo, las humanidades, como un todo, se asientan precisamente sobre esta filosofía de vida, el ideal de virtud (cívica y moral). Desde la Antigüedad, este ideal ha sido constantemente sobrepasado por la realidad pero ha sido mantenido como un ideal. El cambio decisivo reside en el hecho de que hoy es considerado como algo ridículo.

\* \* \*

La alianza Anglo-Americana no está luchando sólo en Iraq. También está activa en las políticas culturales. Una investigación detallada sobre sus implicancias podría ser un maravilloso proyecto de investigación interdisciplinario.

El fin básico intelectual, como ya dijimos, es combatir la historia, si es posible, erradicar la historia, extirpar la memoria colectiva, dejando sólo la dimensión de *Disneyland* de ella. Una de las maneras de perseguir este objetivo en la historia del arte es la sustancial promoción del arte contemporáneo y la gradual transformación de los historiadores del arte en críticos de arte. En 100 años la situación se ha revertido completamente: si inicialmente, cuando regía el viejo conservadurismo, el arte moderno y contemporáneo estaba prácticamente erradicado de los congresos de historia del arte, hoy, ese nuevo conservadurismo rige, y la tendencia consiste en erradicar al arte “antiguo”.

Incluso el arte moderno de la primera mitad del siglo XX tendrá que ser sacrificado al final: está muy obsesionado con la temática de la representación y París fue su centro principal. Lo cual es un problema. Pero esta transformación no puede ser impuesta de forma abrupta. La tendencia, sin embargo, ya parece discernible, si uno compara las sesiones dedicadas al arte a partir de 1850 en las reuniones del *College Art Association* de los últimos 50 años. Basta decir que en la mayoría de las últimas reuniones del CAA que tuvieron lugar en Seattle hace 6 meses, acerca de las artes visuales de todos los continentes desde la Antigüedad, la mitad de las sesiones fueron dedicadas al arte después de 1850 (con un claro acento en el arte después de 1945) y entre ellas aproximadamente un tercio estuvo dedicado al arte en Norteamérica. Éste es el ejemplo que todos deberían seguir: Hindúes o rusos, chinos o alemanes. Por qué los chinos, quienes tienen una cultura artística que está viva desde hace miles de años, o cualquier otro, deberían seguir este imperativo, es algo que permanece como un misterio para todo aquél que intenta entender lo que está sucediendo.

Otra forma de reducir la atracción hacia las humanidades es denunciarlas como “elitistas”, si es que se rehusan a convertirse en empresas comerciales. Entonces son acusadas de ser “torres de marfil”, lejos del “espacio público”, lejos del “Pueblo” (¡quien hace su aparición repentinamente!), del “Ágora”, de las “necesidades públicas”, etc., etc. Resulta obvio desde esta perspectiva que la historia del arte pueda sobrevivir solamente bajo la condición de que se convierta en una serie de “cursos introductorios generales” para los Estudios Museológicos, preparando especialistas para el mercado, para la administración de museos y la organización de exposiciones.

Es bajo estas condiciones precarias que la “interdisciplinariedad” se convirtió en una contraseña favorita.

La demanda sobre ella se incrementó notablemente en los últimos años. De acuerdo a una fuente (Dan Sperber en «Why Rethink Interdisciplinarity» en [www.interdisciplines.org/interdisciplinarity/papers/1](http://www.interdisciplines.org/interdisciplinarity/papers/1)), “Interdisciplinariedad” tenía en Marzo de 2003 1.700.000 entradas en Google. Internet es efectivamente un espacio predilecto para los fans de la “interdisciplinariedad”.

No puedo examinar acá hasta dónde términos como “pluridisciplinariedad”, “interdisciplinariedad”, “transdisciplinariedad”, y “multidisciplinariedad” —que abundan y son comúnmente usados como sinónimos, pero que a veces son entendidos de manera distinta por diversos autores —, tienen diferencias esenciales.

Quisiera insistir en el factor de que el clamor presente en favor de la interdisciplinariedad ignora tanto el trabajo interdisciplinario efectuado “desde dentro de la disciplina”, para usar una expresión de Ginzburg, como los programas de investigación que involucran investigadores procedentes de varias disciplinas.

Además, una curiosa demanda de abandonar las disciplinas existentes de las humanidades y las ciencias sociales en el nombre de la interdisciplinariedad (resulta suficientemente significativo que el reclamo, hasta donde sé, nunca ha sido elevado en las ciencias duras) se está convirtiendo cada vez más perceptible al oído. Tenemos ahora incluso diferentes categorías de investigadores: “disciplinarios” (quienes, supongo, mantienen la “disciplina” con un látigo) e “interdisciplinarios”, mientras que el término “investigador interdisciplinario” se ha tornado corriente. Las alternativas son claras: “debes escoger entre especialización y pensamiento holístico, entre una aproximación disciplinaria y una interdisciplinaria”, escribe Moti Nissani en *Ten Cheers for Interdisciplinarity* (*Social Science Journal*, 34, 1997). La consecuencia directa de este dilema, como escribe Dan Sperber, es “ir un escalón más abajo: no pertenecemos más a una disciplina dada o pertenecemos a varias”. Es tan simple como eso. Tomas la decisión y luego haces investigación y publicas. Dan Sperber, por ejemplo, nos informa que él ha hecho investigación y publicado “en antropología, lingüística, filosofía y psicología experimental”. Confieso que no he leído ninguno de sus trabajos. Pero probablemente estaría imposibilitado de tener una opinión formada sobre ellos, ya que con la excepción de alguna filosofía, no tengo ni siquiera un conocimiento elemental de cualquiera de esos campos.

Si se siguiera esta lógica, la única función disponible para la historia del arte sería su integración con los estudios museológicos y/o culturales y su integración parcial dentro de varios programas de estudios de áreas.

El Pentágono y el Departamento de Estado son firmes seguidores de la interdisciplinariedad desde la Segunda Guerra Mundial y persiguen este objetivo hasta hoy. Es bien sabido que las agencias que otorgan subsidios favorecen investigaciones interdisciplinarias.

Los Programas de Estudios de Área han sido institucionalizados mediante la formación de Departamentos Universitarios que ofrecen títulos y tienen sus propias asociaciones profesionales y periódicos académicos. ¿Quiénes pueden negar que los programas de estudios latinoamericanos o de Oriente Medio jugaron (y a menudo juegan) un papel decisivo en la formación de especialistas al servicio directo de las agencias de estado norteamericanas?

En su *Orientalism*, Edward Said exhibió de manera clara cómo la investigación científica relacionada con el Oriente estaba vinculada desde sus comienzos con los estados imperialistas de Francia e Inglaterra y luego con USA. Los Estudios de Área son interdisciplinariedad a pleno, no como una expresión de un deseo abstracto de conocimiento en las Torres de Marfil de la Academia, sino al servicio de las políticas de estado. ¿Cuántos historiadores del arte especializados en “Arte Islámico”, buscando trabajo, rechazan la maravillosa oportunidad ofrecida a ellos de participar en proyectos interdisciplinarios con el extenso objetivo de convencer a los egipcios o los iraquíes del profundo interés de los norteamericanos por su cultura y simultáneamente el de enseñarles cómo acercarse al arte Islámico de manera correcta?

\* \* \*

¿Cómo concluir estos pensamientos, ajustados a una chaqueta de 25 minutos de tiempo, sin decir que nosotros debemos resistir? ¿Quién es “nosotros”? Aquellos entre los historiadores del arte norteamericanos que son conscientes (y son muchos) de lo que está en juego con la comercialización de la educación superior; de lo que está en juego si el país continúa imponiéndose, imponiendo sus valores, sus ideales por sobre los de otros; y todos aquellos que ven cómo el fenómeno de la comercialización impregna lentamente los sistemas educativos de sus propios países.

Resistencia al desmantelamiento de las humanidades y al espíritu de la comercialización, resistencia al americano-centrismo que se está imponiendo como global.

Resistir y defender. Defender el ideal de la educación, no solamente como un medio para garantizar conocimiento y expertizaje en el uso de métodos y técnicas, sino también como un medio para formar individuos virtuosos, una noción que no es incompatible con una sociedad democrática. Defender el ideal del ciudadano educado a partir de la combinación de estudios especializados con unas curricula de estudios generales. Defender y promover la real interdisciplinariedad, pero no haciendo un uso superficial de conceptos tomados

de otras disciplinas (luego del magnífico engaño de Alan Sokal, “Transgrediendo las fronteras”, publicado en *Social Text* en 1996, y su denuncia, junto con Jean Bricmont, del *Fashionable Nonsense* declamado por algunos intelectuales franceses, deberíamos estar suficientemente advertidos de ello), sino encarando la “interdisciplinariedad desde adentro” y una efectiva colaboración entre las humanidades sobre la base de proyectos específicos, pero también entre ellas y las ciencias sociales. Defender la disciplina mediante la aclaración de la confusión imperante entre “temas de historia del arte”, “métodos de la historia del arte” y “teorías de la historia del arte” y de manera más general mediante el esfuerzo constante por aclarar sus conceptos básicos.

Resulta un hecho que las universidades no funcionan más como entidades orgánicas. Los departamentos se han convertido en instituciones independientes, cerrados en sí mismos. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para cambiar esto.

No tengo idea si la situación actual permite la creación de una Asociación de Historiadores del Arte Asiáticos. Deben saber si quieren y cómo desean defender sus historias y sus culturas. Y deben saber si sienten la necesidad de colaborar entre ellos mismos. Es decir, si sienten que tienen algo más en común que simplemente pertenecer a un mismo continente. Sé que hay historiadores del arte en América del Sur y Central que sienten la necesidad de colaborar entre ellos y lo hacen.

Pero creo que la brecha entre la historia del arte europea y la americana es un hecho irreversible. Simplemente vemos el mundo desde diferentes perspectivas y no sólo por razones geográficas. Esto es una repercusión en el campo de la cultura y la vida cotidiana, del desarrollo en la política, tecnología, particularmente tecnología militar, y la economía. Ello debería ser aceptado como un hecho por ambos lados. La política cultural norteamericana, se ha alejado de la europea, y ¿por qué no? Pero ¿por qué deberían los europeos imitarlos y entonces alejarse ellos mismos de Europa? Eso es un tema. Considero que la creación de una Asociación de Historiadores del Arte Europeos es una necesidad: para coordinar nuestras concepciones respecto de la enseñanza; para abandonar la identificación del arte europeo con aquél proveniente de unos pocos países europeos y así comenzar a mirar la totalidad del legado artístico europeo; para oponerse al eurocentrismo y a la ideología de la superioridad de la cultura europea; para mantener la tradición de una pluralidad de lenguas, sin la cual no podríamos estudiar el arte europeo de cualquier período.

\* \* \*

No hay motivos para esperar que surjan milagros en estos tiempos difíciles; la época de los milagros, de todas formas, ha terminado. Ello no quiere decir que, por supuesto, debamos perder las esperanzas. Tampoco hay una razón valedera para continuar tomando seriamente los artilugios intelectuales con fecha de vencimiento que constantemente nos son ofrecidos, como “deconstruccionismo” o “postmodernismo”, para nombrar solo éstos.

No podemos sentarnos pasivamente y aceptar cosas que hallamos inaceptables con el argumento que “de todas maneras no podemos cambiar nada”. Tengo la sensación de que si elevamos nuestra voz y trabajamos en varios niveles (regional, estatal, sub-continental, continental) no sólo no flaquearemos sino que, por el contrario, podremos fortalecer nuestra cohesión y, eventualmente, al *Comité International d’Histoire de l’Art*, que nos cobija como un paraguas y coordina nuestras actividades.

Además, deberíamos dejar de comportarnos como si la historia del arte fuera la única disciplina en el mundo que importa. Nuestra gradual sofocación solamente puede ser impedida si nosotros coordinamos nuestras actividades dentro de un nivel institucional con las Asociaciones de otras disciplinas humanísticas y de las ciencias sociales.

\* \* \*

Prenant la parole au Québec, terre francophone, puis-je profiter de l’occasion pour exprimer mon inquiétude face aux tendances à la commercialization des universités qui mettent en péril les sciences humaines et l’université en tant que telles?

Je suis convaincu du fait qu’une prise de conscience des dangers nous permettra de nous unir pour défendre certaines valeurs de l’éducation nationale, l’accès à laquelle, sur tous les échelons, devrait être libre et gratuit pour tous les citoyens et toutes les citoyennes.

Il y a 130 ans maintenant, c’était plus précisément en 1873, que le premier Congrès International d’Histoire de l’Art a eu lieu à Vienne. Il suffit de lire la liste des questions que les organisateurs avaient dressée à l’époque pour s’en apercevoir du chemin parcouru depuis lors, des problèmes résolus en grande partie, mais aussi du fait que les questions concernant l’enseignement de l’histoire de l’art demeurent tout-à-fait actuelles.

Une interdisciplinarité réelle et non pas verbale présuppose l’existence de vraies disciplines, fonctionnant d’une manière critique, sans but lucratif, qui posent à la fois des questions anciennes qui exigent toujours des réponses, *nos* réponses, et des questions nouvelles correspondant aux problèmes réels de notre temps, tels qu’ils se réfléchissent dans le domaine des sciences humaines et de l’histoire de l’art plus particulièrement.

#### NOTAS

1. Ponencia presentada en el *XXXI International Congress of Art History*, Montreal, 25 de agosto de 2004. Traducción de Gabriela Siracusano, revisada por el autor, para la Cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía del Arte, Universidad de Buenos Aires.

